

196

UNA AVENTURA DE PHILO VANCE

# El Caso de los Asesinatos del Dragón



Primera edición en REINO DE CORDELIA, junio de 2024

Título original: *The Dragon Murder Case*, 1934

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)



@reinodecordelia.es



facebook.com/reinodecordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Traducción de Susana Carral, 2024

Ilustración de sobrecubierta: Recreación de la cubierta general de 1934

Imágenes de cubierta: Fotocromos promocionales de First National Pictures para la película *The Dragon Murder Case* (1934), de H. Bruce Humberstone

Infografía: © Emilio Amade, 2024

IBIC: FFC | Thema: FFC

ISBN: 978-84-19124-82-1

Depósito legal: M-13619-2024

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E.U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

UNA AVENTURA DE PHILO VANCE

# El Caso de los Asesinatos del Dragón

S. S. Van Dine

Traducción de Susana Carral



# Índice



Philo Vance emula a San Jorge 9

 **EL CASO DE LOS ASESINATOS DEL DRAGÓN** 13

Personajes 15

Capítulo I.- La tragedia 23

Capítulo II.- Una acusación sorprendente 41

Capítulo III.- Una salpicadura en el estanque 59

Capítulo IV.- Interrupción 71

Capítulo V.- El monstruo acuático 83

Capítulo VI.- Controversia 99

Capítulo VII.- El fondo del estanque 115

Capítulo VIII.- Huellas misteriosas 131

Capítulo IX.- Un nuevo descubrimiento 149

Capítulo X.- El hombre desaparecido 163

Capítulo XI.- Una profecía siniestra 181

Capítulo XII.- Interrogantes 197

Capítulo XIII.- Tres mujeres 211



Capítulo XIV.- Un acontecimiento inesperado	223
Capítulo XV.- Ruidos en plena noche	235
Capítulo XVI.- Sangre y una gardenia	251
Capítulo XVII.- La muerte duplicada	267
Capítulo XVIII.- Leyenda ictiológica	279
Capítulo XIX.- Las huellas del dragón	293
Capítulo XX.- El nexo definitivo	307
Capítulo XXI.- Fin del caso	319

## Philo Vance emula a San Jorge

PUBLICADA EN ESPAÑA por la Biblioteca Oro de la editorial Molino en 1934—el mismo año que apareció en Estados Unidos de América— con el título de *El dragón del estanque*, y reeditada en 1963 en la colección Selecciones de la Biblioteca Oro, *The Dragon Murder Case* es el séptimo caso del pedante e hiperculto detective neoyorquino Philo Vance. Y, según la crítica, el que marcó el punto de inflexión de la serie, que a partir de entonces entra en aguas literarias pantanosas saludadas con pataleos y vapuleos por los mismos que hasta ese momento habían destacado los valores de las intrigas policíacas escritas por S. S. Van Dine, pseudónimo tras el que se esconde el *snob* periodista y literato Willard Huntington Wright.

En esta ocasión, Vance se pone la armadura de san Jorge para derrotar al dragón, pues como asegura el detective al cáus-



Cubierta de la edición publicada en 1963 por Selecciones de la Biblioteca Oro de la editorial Molino.

tico y tragón doctor Doremus, forense del distrito de Nueva York, «un tipo de dragón mató a este hombre».

La cuestión es identificar qué «tipo» de dragón se esconde tras el crimen o los crímenes, porque las desgracias nunca vienen solas, lo que permite al erudito

narrador adentrarse en el mito draconiano que impregna culturas y folclores milenarios. Dice el propio Vance:

«Sin el dragón, la historia de la humanidad sería muy distinta a lo que es hoy. Ninguno de nosotros podemos escapar por completo al mito del dragón: forma una parte demasiado integral de nuestras naturalezas más primitivas y profundas. Por eso digo que no podemos

ignorar al dragón cuando nos enfrentamos a un caso criminal que, en el fondo, resulta propio de tal bestia».

Paso a paso, el equipo de investigadores del fiscal John F.-X. Markham, llevados de la mano por Philo Vance, logran imponer la razón a la fe para desentrañar el crimen cometido en el Estanque del Dragón que domina una zona residencial del Nueva York de los años treinta, de la que Van Dine adjunta plano recuperado en esta edición, al igual que las notas a pie de página suprimidas en las anteriores ediciones españolas.

Este caso de Philo Vance también fue llevado al cine. En esta ocasión es Warren William quien toma el relevo a William



Warren William interpreta a Philo Vance en esta nueva entrega cinematográfica.



Eugene Pallette (izquierda) repite en el papel del sargento Ernest Heath y Robert McWade vuelve a dar vida al fiscal John F.-X. Markham junto al nuevo Vance (Warren William).

Powell para interpretar al sabio y pulcro detective, al que volvería a dar vida cinco años más tarde en *The Gracie Allen Murder Case* (1939) bajo la dirección de Alfred E. Green.

A William le se daban bien los detectives, porque hizo en la gran pantalla de Sam Spade (protagonista de la novela de Dashiell Hammett *El halcón maltés*, immortalizado por Humphrey Bogart en la película homónima de John Huston), de Perry Mason (perspicaz abogado creado por Erle Stanley Gardner) y un montón de veces de *The Lone Wolf*, apodo del ladrón de joyas Michael Lanyard convertido en detective privado por Louis Joseph Vance en una serie de novelas escritas entre 1879 y 1933.



No fue fácil encontrar director para rodar *El caso del asesinato del dragón*. Rechazaron la oferta Michael Curtiz, Archie Mayo, Mervyn Le Roy y Alfred E. Green. Finalmente dijo sí H. Bruce Humberstone, que después filmaría un montón de



Margaret Lindsay, que interpreta a Bernice, y Dorothy Tree (Ruby) rodean a Warren William (Philo Vance) en una escena de *The Dragon Murder Case* (1934).

películas del detective chino Charlie Chan. Humberstone dirigió a finales de los años cincuenta las primeras cintas de Tarzán rodadas en color, en las que el mítico Gordon Scott dejó de hablar como los indios, a base de infinitivos, y mostró una versión del hombre mono igual de forzuda pero más civilizada.

J. EGIDO

Madrid, 14 de mayo de 2024

UNA AVENTURA DE PHILO VANCE

# El Caso de los Asesinatos del Dragón



# Personajes

- \* PHILO VANCE
- \* JOHN F.-X. MARKHAM, fiscal del distrito de Nueva York.
- \* ERNEST HEATH, sargento del Departamento de Homicidios.
- \* RUDOLF STAMM, acuarista famoso.
- \* MATILDA STAMM, su madre.
- \* BERNICE STAMM, su hermana.
- \* SANFORD MONTAGUE, prometido de Bernice Stamm.
- \* GALE LELAND, amigo íntimo de la familia Stamm.
- \* ALEX GREEFF, agente de bolsa.
- \* KIRWIN TATUM, invitado de los Stamm.
- \* TEENY MCADAM, invitada de los Stamm.
- \* RUBY STEELE, actriz.
- \* TRAINOR, mayordomo de los Stamm.
- \* LA SEÑORA SCHWARZ, enfermera-dama de compañía de la señora Stamm.
- \* DOCTOR HOLLIDAY, médico de la familia Stamm.
- \* HENNESSEY, detective del Departamento de Homicidios.
- \* BURKE, detective del Departamento de Homicidios.
- \* SNITKIN, detective del Departamento de Homicidios.
- \* DOCTOR EMANUEL DOREMUS, médico forense.
- \* CURRIE, mayordomo de Philo Vance.



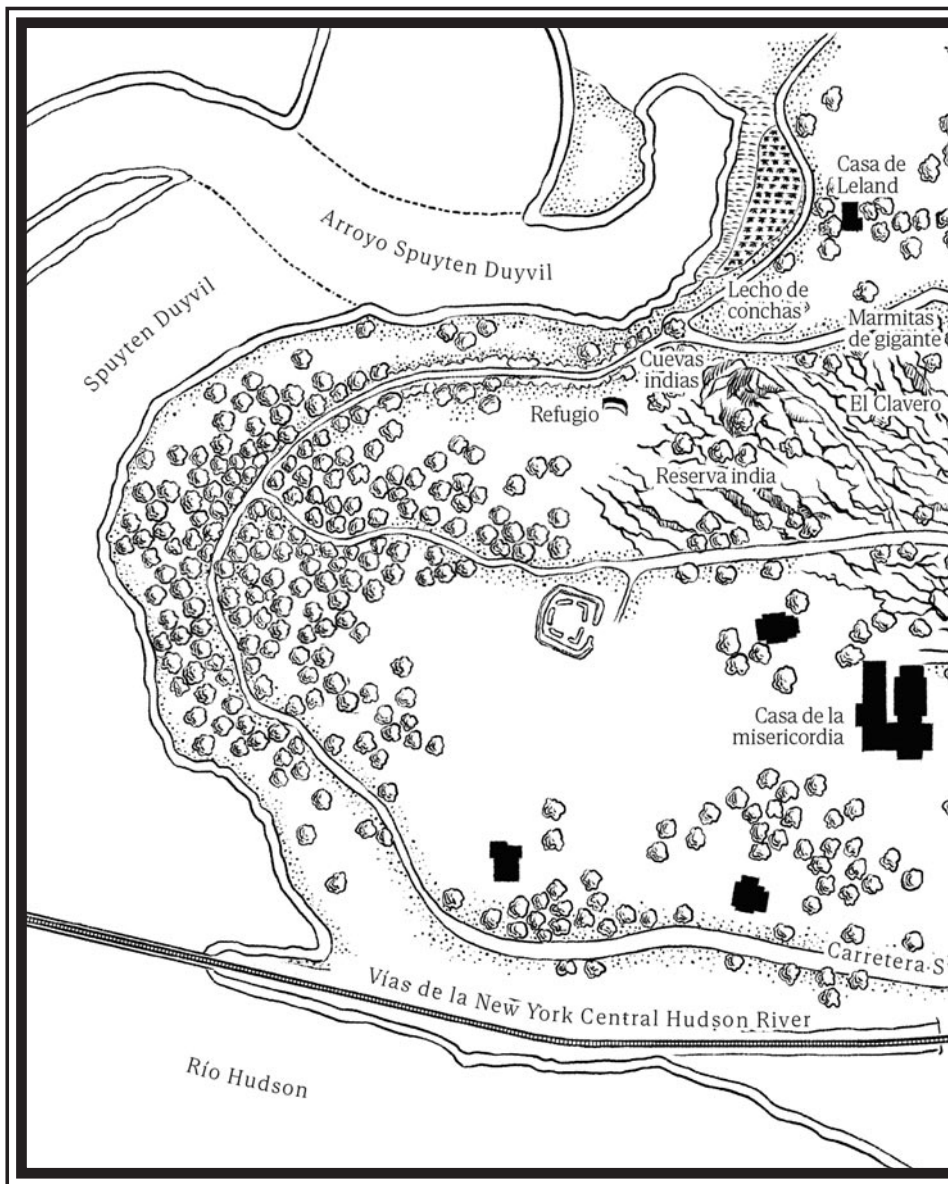
A veces vemos una nube que parece un dragón.

*Antonio y Cleopatra*

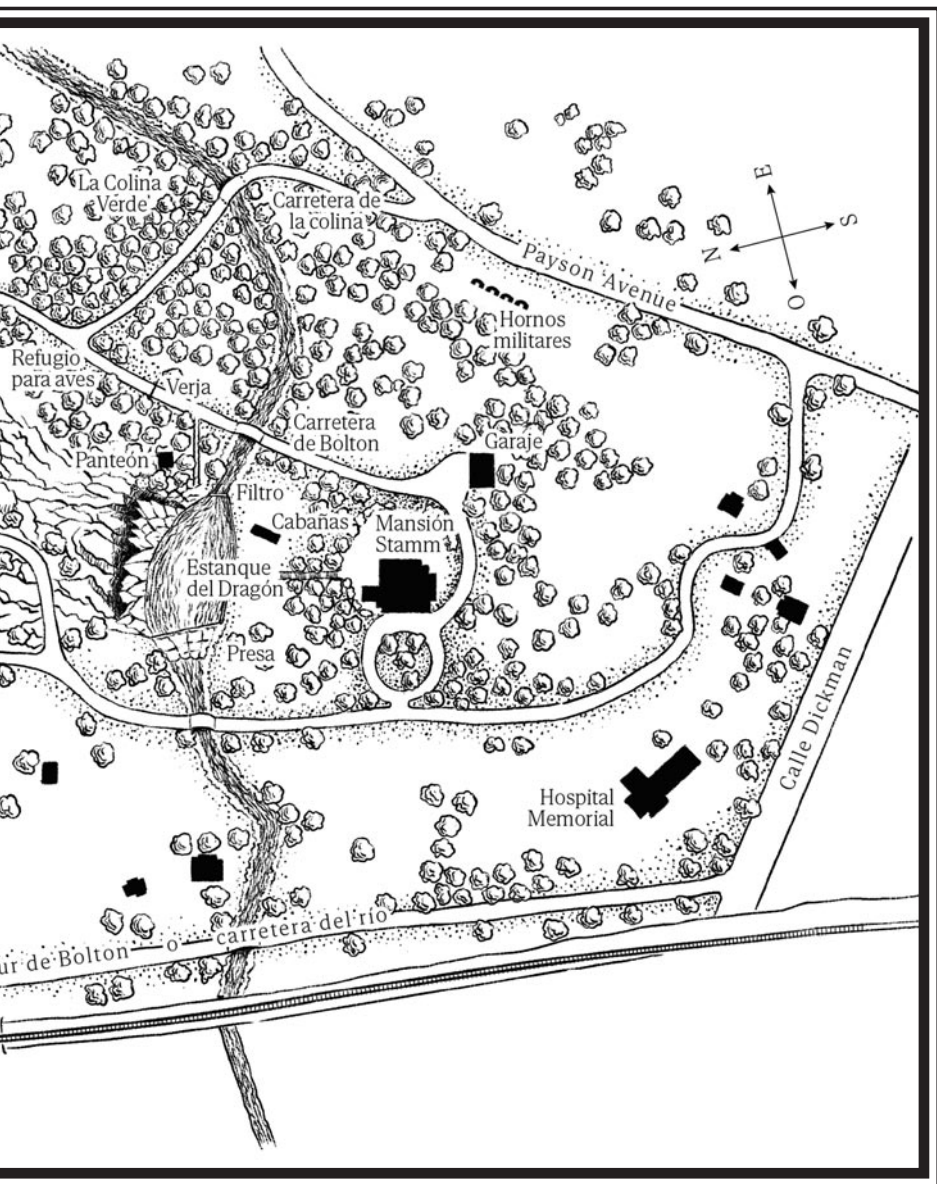
TOUSSENEL



Para C. W.



# INWOOD Y FINCA



**STAMM (Plano)**

# Capítulo I

## La tragedia

(Sábado, 11 de agosto, 11:45 de la noche)

ESTE CRIMEN SINIESTRO y aterrador, que acabaría siendo conocido como el caso de los asesinatos del dragón, para mí siempre estará asociado con uno de los veranos más calurosos que he vivido en Nueva York.

Philo Vance, que se mantuvo al margen de las implicaciones sobrenaturales y escatológicas del caso y por ello logró resolver el problema de manera puramente racionalista, había planeado un viaje de pesca a Noruega para ese agosto, pero un capricho intelectual lo llevó a cancelar los preparativos y a permanecer en Estados Unidos. Desde que los nuevos ricos norteamericanos de la postguerra aflúan en masa a las *rivieras* francesa e italiana había renunciado a su costumbre de pasar los veranos en el Mediterráneo y pescaba salmones y truchas en los ríos del norte de Bergenhus. Pero a finales de julio de ese año en concreto, resurgió su interés por los fragmentos de Menandro hallados en Egipto durante los primeros años de este siglo y se dispuso a completar su traducción, empresa que



según recordarán había quedado interrumpida por esa serie increíble de asesinatos basados en canciones infantiles ocurridos en la calle 75 Oeste<sup>1</sup>.

Sin embargo, esa tarea de investigación y entrega quedó bruscamente suspendida debido a uno de los asesinatos más misteriosos y desconcertantes de todos en los que Vance participó, y las intrincadas raciones sobre el crimen volvieron a postergar a las comedias perdidas de Menandro. En mi opinión, Vance sentía más aprecio por sus investigaciones criminales que por las iniciativas académicas en las que constantemente se embarcaba porque, aunque su mente siempre iba a la búsqueda de hechos de difícil comprensión en el ámbito del saber popular, con lo que más disfrutaba era con los problemas complicados que no estaban relacionados con la erudición. La criminología satisfacía esa necesidad de su carácter, ya que no solo estimulaba su mente analítica, sino que además ponía en juego su conocimiento de hechos abstrusos y su asombroso instinto para interpretar los pormenores de la naturaleza humana.

Al poco de terminar sus estudios en Harvard me pidió que oficiara de asesor legal y administrador financiero para él. Lo admiraba y lo apreciaba tanto que dimití de mi puesto en el bufete de mi padre —Van Dine, Davis y Van Dine— para aceptar las labores que me había expuesto. Jamás he lamentado esa decisión y debido a mi trato con él he podido poner por escrito una descripción exacta y semioficial de las distintas investigaciones criminales en las que participé, gracias a su amistad

---

<sup>1</sup> *El caso de los asesinatos del obispo* (Reino de Cordelia, Madrid, 2020). La primera edición en inglés fue publicada por Scribner's, Nueva York, en 1929. (Todas las notas son del autor a menos que se indique lo contrario).

con John F.-X. Markham, durante los cuatro años de mandato del susodicho como fiscal del distrito de Nueva York.

De todos los casos de los que he dejado constancia hasta ahora, ninguno resultó tan apasionante, extraño y en apariencia sin relación con el pensamiento racional como el del dragón. Aquel crimen parecía superar el conocimiento científico normal del hombre y llevar a la Policía y a los investigadores a un ámbito ofuscante e irreal de demonología y folclore, un ámbito plagado de borrosos recuerdos raciales de miedos legendarios.

El dragón siempre ha formado parte del imaginario emocional de las religiones primitivas y ha arrojado sobre quienes lo concebían un hechizo de siniestra y aterradora superstición. Aquí, en la ciudad de Nueva York, en pleno siglo XX, la Policía se vio inmersa en una investigación criminal que resucitó todos los recovecos oscuros de esos tiempos olvidados y remotos en los que los hijos supersticiosos de la tierra creían en monstruos malignos y en los horrores punitivos que dichos monstruos infligían al hombre.

Los capítulos más tenebrosos del registro etnológico de la raza humana se examinaron a la vista de los rascacielos de la moderna Manhattan, y tan potente fue el efecto de esas resucitaciones que incluso los científicos buscaron una explicación biológica al grotesco fenómeno que mantuvo cautivado al condao entero durante los días que siguieron a la inexplicable e incomprensible muerte de Sanford Montague. Como posibles explicaciones científicas a los extraordinarios y atroces hechos a los que se enfrentaron la Policía y la Oficina del Fiscal del Distrito se sugirieron la supervivencia de monstruos prehistóricos, el desarrollo de ictiopsidos subterráneos y el apareamiento impuro y siniestro de criaturas de la tierra y el mar.

Incluso Ernest Heath, el pragmático y realista sargento del Departamento de Homicidios, se dejó afectar por los misteriosos e incalculables elementos del caso. Durante la investigación preliminar —cuando no existían pruebas reales de asesinato—, el poco imaginativo sargento presentía cosas ocultas y siniestras, como si de las circunstancias en apariencia normales que rodeaban al caso brotara un efluvio miasmático. De hecho, de no haber sido por los temores que se despertaron en él cuando lo llamaron para que se ocupara del trágico incidente, el asesinato del dragón podría no haber llamado la atención de las autoridades. Con toda probabilidad habría acabado registrado en los archivos del Departamento de Policía de Nueva York como otra desaparición más, explicada de diversas y obvias maneras y con un toque de cinismo.

Sin duda, esa hipotética posibilidad era lo que pretendía el asesino, pero el autor de tan extraordinario crimen —un crimen, hasta donde yo sé, sin precedentes en los anales de los homicidios violentos— había cometido el error de no contar con el efecto del siniestro ambiente que rodeaba a su espantoso acto. El asesino no sopesó el hecho de que los imaginativos miedos indígenas del hombre han surgido en buena medida de los misterios inherentes envueltos en las oscuras y ocultas profundidades acuáticas. Fue ese descuido lo que suscitó las dudas inconcretas del sargento y convirtió un incidente de apariencia normal en uno de los casos de asesinato más espectaculares y diabólicos de los tiempos modernos.

El sargento Heath fue el primer agente en llegar al escenario del crimen, aunque, al mismo tiempo, no era consciente de que se había cometido un asesinato, y fue él quien comunicó, balbuceando, sus miedos inidentificables a Markham y Vance.

El reloj estaba a punto de dar las doce de la noche del 11 de agosto. Markham había cenado con Vance en el dúplex con azotea ajardinada que este último posee en la calle 38 Este, y los tres habíamos pasado la velada charlando desganadamente sobre varios temas. Un ambiente de dejadez dominaba nuestro grupo y los momentos de silencio fueron incrementando a medida que la noche se prolongaba, porque hacía un calor bochornoso y las hojas de las copas de los árboles que crecían en el jardín trasero estaban tan inmóviles como si formaran parte de un lienzo. Además, había llovido durante horas —el aguacero cesó a las diez de la noche—, y daba la sensación de que un manto pesado que impedía respirar cubría toda la ciudad.

Vance acababa de servirnos otro cóctel de champán cuando Currie, el mayordomo y ayuda de cámara de Vance, apareció en la puerta de la azotea con un teléfono portátil.

—Hay una llamada urgente para el señor Markham— anunció—, y me he tomado la libertad de traer el teléfono. Es el sargento Heath, señor.

Markham pareció molesto y algo sorprendido, pero asintió y cogió el auricular. Su conversación con el sargento fue breve y cuando colgó tenía el ceño fruncido.

—Qué raro —comentó—. No es propio del sargento. Algo lo preocupa. Quiere verme. No me ha dado información sobre el asunto y no he insistido. En mi casa le dijeron que me encontraba aquí. No me ha gustado el tono contenido de su voz y le he dicho que podía venir aquí. Espero que no te importe, Vance.

—Yo, encantado —dijo Vance, arrastrando las vocales y acomodándose en su sillón de mimbre—. Hace meses que no veo al valiente sargento. Currie —llamó—, traiga el whisky escocés y la soda. El sargento Heath se va a unir a nosotros.

—Luego se dirigió a Markham—: Espero que no pase nada. Puede que el calor haya provocado alucinaciones al sargento.

Markham, aún preocupado, negó con la cabeza.

—Para desequilibrar a Heath hace falta mucho más que una ola de calor. —Se encogió de hombros—. Bueno, enseguida lo sabremos.

Unos veinte minutos después nos anunciaron la llegada del sargento. Salió a la azotea ajardinada mientras se secaba la frente con un pañuelo enorme. Tras saludarnos de un modo un tanto abstraído, se dejó caer en un sillón junto a la mesa de tapa de cristal y se tomó un buen sorbo del whisky que Vance le había servido.

—Vengo de Inwood, jefe —le explicó a Markham—. Un hombre ha desaparecido y, para serle sincero, no me gusta nada. Algo huele a chamusquina.

Markham lo miró enfadado.

—¿Hay algo extraño en el caso?

—No. Nada —el sargento parecía avergonzado—. Ese es el problema. Todo está en orden, es algo normal. Pura rutina. Pero...

Su voz se fue apagando y se llevó el vaso a los labios.

Vance sonrió, divertido.

—Me temo, Markham, que el sargento se ha vuelto intuitivo —comentó.

Heath dejó el vaso de golpe sobre la mesa.

—Si lo que quiere decir, señor Vance, es que tengo una corazonada con este caso, ¡lleva razón!

Y levantó la barbilla al tiempo que la echaba hacia delante. Vance enarcó las cejas de manera enigmática.

—¿De qué caso se trata, sargento?

Heath le dedicó una mirada severa y luego sonrió.

—Se lo contaré, para que se ría de mí tanto como guste. Escuche, jefe —se volvió hacia Markham—, esta noche, sobre las once menos cuarto, recibimos una llamada en el Departamento de Homicidios. Un tipo que dice apellidarse Leland me cuenta que ha ocurrido una tragedia en la vieja propiedad de los Stamm, en Inwood, y que debería presentarme allí de inmediato...

—Un lugar perfecto para un crimen —interrumpió Vance en tono reflexivo—. Es una de las fincas más antiguas de la ciudad, la construyeron hace casi cien años. Hoy se trata de un anacronismo, pero, ¡caramba!, está llena de posibilidades para el crimen. De hecho, es legendaria, posee una historia asombrosa.

Heath contemplaba a Vance con gesto astuto.

—Lo ha comprendido, señor. Eso fue lo que sentí en cuanto llegué. El caso es que, lógicamente, le pregunté al tal Leland qué había ocurrido y por qué quería que fuera. Al parecer, un tipo apellidado Montague se había zambullido en la piscina de la propiedad y no había vuelto a salir.

—Por casualidad, ¿se trataba del viejo Estanque del Dragón? —preguntó Vance, incorporándose para hacerse con sus adorados cigarrillos Régie.

—Ese mismo —le dijo Heath—, aunque no sabía que se llamaba así hasta esta noche, cuando llegué. Le dije que esa no era la clase de investigación de la que solía ocuparme, pero insistió y afirmó que era necesario investigar y que cuanto antes fuese, mejor. Hablaba en un tono raro y eso me fastidió. Usaba bien la gramática y no tenía acento extranjero, pero se me metió en la cabeza que no era estadounidense. Le pregunté

por qué llamaba él para informar de algo ocurrido en la finca de los Stamm y me dijo que era un viejo amigo de la familia y que había presenciado la tragedia. Añadió que Stamm no se encontraba en condiciones de telefonar y que él se había hecho cargo de la situación de manera temporal. No logré sacarle nada más, pero la forma de hablar de aquel hombre me hizo recelar.

—Ya —murmuró Markham sin comprometerse—. ¿Y fue hasta allí?

—Sí —Heath movió la cabeza con timidez para asentir—. Llamé a Hennessey, a Burke y a Snitkin y nos llevamos un coche de la Policía.

—¿Qué descubrió?

—Nada, señor —contestó Heath en tono agresivo—, salvo lo que aquel hombre me había dicho por teléfono. En la finca se celebraba una reunión de fin de semana y uno de los invitados, ese tipo apellidado Montague, había sugerido que el grupo se bañara en el estanque que usaban como piscina. Probablemente habrían estado bebiendo de lo lindo, así que bajaron al estanque, se pusieron los trajes de baño y...

—Un momento, sargento —interrumpió Vance—. Por casualidad, ¿estaba Leland bebido?

—Él no. —El sargento negó con la cabeza—. Era el más sereno del grupo. Pero había algo raro en él. Pareció muy aliviado cuando llegué y me llevó a un lado para decirme que mantuviese los ojos bien abiertos. Lógicamente le pregunté que a qué se refería, pero en ese instante se volvió despreocupado, por decirlo de alguna manera, y dijo que allí habían ocurrido muchas cosas raras en el pasado y que era posible que algo raro hubiese ocurrido hoy.

—Creo que sé a qué se refería —contestó Vance con un leve asentimiento de cabeza—. Esa parte de la ciudad ha dado origen a muchas leyendas grotescas y extrañas, cuentos de viejas y supersticiones que nos han llegado desde la época de los indios y los primeros colonos.

—En cualquier caso —Heath rechazó el comentario de Vance por irrelevante—, después de que el grupo bajara al estanque, ese tal Montague subió al trampolín y se zambulló. Pero nunca volvió a salir.

—¿Cómo pueden estar tan seguros los demás de que no volvió a salir? —preguntó Markham—. La oscuridad tenía que ser muy densa después de la lluvia. Incluso ahora hay nubes.

—En el estanque había luz de sobra —explicó Heath—. Tienen una docena de reflectores.

—Está bien. Continúe. —Impaciente, Markham se apoderó de su cóctel de champán—. ¿Qué ocurrió luego?

Heath se movió, incómodo.

—No gran cosa —admitió—. Los demás hombres se zambulleron tras él e intentaron encontrarlo, pero lo dejaron al cabo de más o menos diez minutos. Al parecer, Leland les dijo que sería mejor volver a la casa y que él se ocuparía de informar a las autoridades. Luego llamó al Departamento de Homicidios y desembuchó.

—Es curioso que hiciera eso —meditó Markham—. No parece un caso de homicidio.

—Curioso y raro —se apresuró a coincidir Heath—. Pero lo que descubrí era mucho más raro.

—¡Ah! —Vance hizo ascender una cenefa de humo—. Esa zona romántica del viejo Nueva York por fin se muestra a la altura de su reputación. ¿Qué es eso tan raro que descubrió, sargento?



Heath volvió a moverse, inquieto y avergonzado.

—Para empezar, Stamm estaba como una cuba y había un médico de los alrededores que intentaba ponerlo en funcionamiento. La hermana pequeña de Stamm, una belleza de veinticinco años, sufría un ataque de histeria y se desmayaba cada pocos minutos. Los demás, unos cuatro o cinco, intentaban escaquearse y ponían excusas para marcharse enseguida. Y durante todo ese tiempo el tal Leland, que parece un halcón o algo así, andaba por ahí frío como el hielo, con las cejas arqueadas y una sonrisa de satisfacción en su rostro bronceado, como si supiera mucho más de lo que había contado. Además, había uno de esos mayordomos elegantes y pálidos que se movía como un fantasma, sin hacer ruido...

—Sí, sí. —Vance asintió con gesto enigmático—. Todo de lo más desconcertante... Y el viento gemía entre los pinos, un búho ululaba en la distancia, una ventana de celosía hizo ruido en el ático, una puerta chirrió y se oyó un golpeteo que... ¿No, sargento? Oiga, tómese otro whisky. Está usted como un flan.

Hablaba en broma, pero en sus ojos entrecerrados se apreciaba una mirada interesada y astuta y en su voz una tensión subyacente que me llevó a comprender que se tomaba al sargento mucho más en serio de lo que su comportamiento indicaba.

Imaginé que al sargento le molestaría la actitud frívola de Vance, pero se limitó a menear la cabeza con seriedad.

—Lo ha comprendido, señor Vance. Nada parecía de fiar. Podría decirse que no era normal.

El asombro de Markham no dejaba de aumentar.

—A mí el caso no me parece tan extraño, sargento —protestó—. Un hombre se zambulle en un estanque, se golpea la

cabeza contra el fondo y se ahoga. Usted no ha contado nada que no pueda explicarse de la manera más normal. No es raro que un hombre se emborrache y, tras una tragedia de ese tipo, que una mujer se ponga histérica no resulta tan curioso. También parece lógico que los demás miembros del grupo quisieran irse después de un incidente como ese. Y en cuanto al tal Leland, podría tratarse de un personaje peculiar y entrometido, deseoso de dramatizar un asunto fundamentalmente sencillo. Y usted siempre ha sentido antipatía por los mayordomos. Se mire este caso por donde se mire, nada justifica que no se tramite como siempre. Desde luego que no pertenece al ámbito del Departamento de Homicidios. La idea del asesinato queda excluida por el mecanismo de la desaparición de Montague. Él mismo sugirió el baño en el estanque, una sugerencia de lo más lógica en una noche como esta, y su zambullida, junto con su incapacidad de salir a la superficie, no me parecen indicios de la intención criminal de otra persona.

Heath se encogió de hombros y encendió un puro negro y largo.

—Llevo una hora diciéndome a mí mismo todas esas cosas —contestó con gesto testarudo—, pero la situación en casa de los Stamm no es normal.

Markham frunció los labios y miró al sargento de forma meditativa.

—¿Hubo alguna otra cosa que lo desconcertara? —preguntó tras una pausa.

Heath no respondió al instante. Resultaba evidente que algo más lo preocupaba y a mí me pareció que estaba sopesando la conveniencia de mencionarlo. Pero de repente se incorporó en su sillón y se sacó el puro de la boca.

—¡No me gustan esos peces! —soltó.

—¿Peces? —repitió Markham, muy asombrado—. ¿Qué peces?

Heath dudó y contempló el extremo del puro, avergonzado.

—Creo que esa pregunta puedo responderla yo, Markham —intervino Vance—. Rudolph Stamm es uno de los más ilustres acuaristas de Estados Unidos. Tiene una asombrosa colección de peces tropicales, variedades extrañas y poco conocidas que ha logrado criar. Es su afición desde hace veinte años y constantemente emprende expediciones al Amazonas, Siam, India, la cuenca del río Paraguay, Brasil y Bermudas. También ha viajado a China y explorado el Orinoco. Hace tan solo un año, más o menos, la prensa se hartó de hablar de su viaje desde Liberia al Congo...

—Eran muy raros —añadió Heath—. Algunos parecen monstruos marinos que no han crecido.

—Sin embargo, sus formas y sus colores son muy bonitos —comentó Vance con una leve sonrisa.

—Pero eso no es todo —continuó el sargento, ignorando el comentario estético de Vance—. El tal Stamm tiene lagartos y crías de caimán...

—Y probablemente tortugas, sapos y serpientes.

—¡Y tanto que tiene serpientes! —El sargento hizo una mueca de asco—. Muchas, y todas se arrastran para entrar y salir de unos enormes depósitos de agua.

—Sí —Vance asintió y miró a Markham—. Tengo entendido que Stamm, además de los peces, posee un terrario. Esas cosas suelen ir juntas.

Markham gruñó y se quedó mirando al sargento.

—Tal vez Montague se limitó a gastarles una broma al resto de los invitados —comentó por fin, en tono realista y apagado—. ¿Cómo sabe que no buceó hasta el otro extremo del estanque y desapareció al salir por la orilla de enfrente? ¿Esa zona estaba lo bastante oscura como para que los demás no pudieran verlo?

—Claro que estaba oscura —le dijo el sargento—. Los reflectores no iluminan toda el agua. Pero esa explicación no sirve. Pensé que algo similar podría haber ocurrido, teniendo en cuenta la cantidad de licor que habían trasegado, y eché una ojeada a la zona. Pero la orilla opuesta del estanque es un barranco casi recto, de rocas, que mide unos treinta metros de alto. Cruzando el extremo superior del estanque, por donde entra el riachuelo, hay un filtro enorme y no solo costaría mucho escalarlo, sino que además las luces llegan hasta allí y cualquiera de los miembros del grupo podría haberlo visto. En el extremo inferior del estanque, donde se ha embalsado el agua por medio de un gran muro de cemento, hay una caída de unos seis metros, con muchas rocas debajo. Nadie se arriesgaría a saltar desde la presa solo para animar la fiesta. Del lado del estanque más próximo a la casa, donde está el trampolín, se alza un muro de contención hecho de hormigón por el que un nadador podría trepar, pero de nuevo la luz de los reflectores lo delataría.

—¿Y no existe ninguna otra forma de que Montague pudiese haber salido del estanque sin que lo vieran?

—Sí, existe una forma en que podría haberlo hecho, pero no lo hizo. Entre el extremo del filtro y el empinado barranco que baja hasta la orilla opuesta del estanque hay un espacio abierto y llano, de unos cinco metros, que da a la zona más baja

de la finca. Y ese espacio despejado y llano está lo bastante a oscuras como para que la gente situada en el lado del estanque que da a la casa no hubiese podido ver nada.

—Pues es probable que ahí tenga su explicación.

—No, señor Markham —negó Heath con gran énfasis—. En cuanto bajé al estanque y comprendí la configuración del terreno, me fui con Hennessey a cruzar por la parte de arriba del filtro y juntos buscamos huellas en esos cinco metros de espacio abierto y llano. Ya sabe que había estado lloviendo toda la tarde y allí el terreno siempre está húmedo, así que, si hubiese habido alguna huella, destacaría perfectamente. Pero toda la zona estaba lisa, homogénea. Es más, Hennessey y yo nos adentramos un poco en la hierba desde la orilla, pensando que tal vez el hombre podía haber subido hasta un saliente de la roca para saltar más allá del borde embarrado del agua. Pero allí tampoco había el más mínimo rastro.

—En ese caso, lo más probable es que encuentren el cadáver cuando draguen el estanque —dijo Markham—. ¿Ha ordenado que lo hagan?

—Esta noche no. Llevar hasta allí una barca y los ganchos supondría una o dos horas y, además, de noche no se puede hacer gran cosa. Pero de todo eso nos ocuparemos a primera hora de la mañana.

—Pues no veo que pueda hacer mucho más esta noche —decidió Markham con impaciencia—. En cuanto encuentren el cadáver se avisará al forense y lo más probable es que nos informe de que Montague se fracturó el cráneo y dictamine que su muerte ha sido accidental.

En su voz había un tono de despedida, pero Heath se negó a dejarse influenciar. Yo nunca había visto al sargento comportarse de forma tan testaruda.

—Es posible que tenga razón, jefe —reconoció de mala gana—, pero yo tengo otras ideas. Y he venido hasta aquí para preguntarle si le gustaría acercarse y echarle un vistazo a la situación.

Algo en la voz del sargento debió de afectar a Markham, porque en lugar de responder de inmediato, volvió a observarlo con aire perplejo y al final preguntó:

—¿Qué ha hecho hasta ahora en relación al caso?

—En realidad no he hecho gran cosa —admitió el sargento—. No he tenido tiempo. Tomé nota de los nombres y direcciones de todos los presentes en la casa y los interrogué de una forma rutinaria. No pude hablar con Stamm porque estaba fuera de escena y el médico se ocupaba de él. Invertí casi todo mi tiempo en rodear el estanque y ver de qué podía enterarme. Pero, como ya le he dicho, no descubrí nada, salvo que Montague no gastó ninguna broma a sus amigos. Luego regresé a la casa y le llamé por teléfono. Dejé la situación en manos de los tres hombres a los que me había llevado conmigo. Después de decirles a todos que no podían irse a casa hasta que yo regresara, me vine corriendo hasta aquí. Esa es mi historia y es probable que me haya obsesionado con ella.

A pesar de la forzada frivolidad de su último comentario, miró a Markham con lo que me pareció una súplica insistente.

Markham dudó otra vez y devolvió la mirada al sargento.

—¿Está seguro de que hubo juego sucio? —inquirió.

—No estoy seguro de nada —contestó Heath—. Pero no me siento satisfecho con la forma en que todo se acumula. Además, entre la gente de allí arriba hay un montón de relaciones raras. Todos dan la impresión de envidiar al resto. Un par de tipos están chalados por la misma chica. Y a nadie pareció

importarle un pimientito que Montague no saliera del agua, salvo a la hermana de Stamm. Lo cierto es que todos parecían encantados de lo ocurrido, algo que no me gustó en absoluto. Y ni siquiera la señorita Stamm parecía preocuparse demasiado por Montague. No sé explicar qué quiero decir exactamente, pero daba la sensación de estar muy afectada por otro asunto relacionado con la desaparición de él.

—Sigo sin ver que exista una explicación tangible a su actitud —respondió Markham—. Creo que lo mejor será esperar a ver qué ocurre mañana.

—Es posible.

Pero en lugar de aceptar la obvia despedida de Markham, Heath se sirvió otra copa y volvió a encender su puro.

Durante esa conversación entre el sargento y el fiscal del distrito, Vance se había recostado en su sillón mientras los observaba como en sueños, daba sorbitos a su cóctel de champán y fumaba lánguidamente. Pero cierta tensión deliberada en la manera de mover la mano hacia y desde los labios, me convenció de que todo lo que se estaba diciendo le interesaba profundamente.

En ese momento, apagó el cigarrillo, dejó la copa y se puso de pie.

—Verás, mi querido Markham —dijo arrastrando las vocales—, creo que deberíamos darnos un paseo con el sargento hasta el escenario de tanto misterio. No nos perjudicará en absoluto y la noche está siendo un horror de todos modos. Un poco de emoción, por muy aburrido que sea el final, podría ayudarnos a olvidar el clima. Y podríamos sentirnos afectados por el mismo ambiente siniestro que tanto ha enardecido las hormonas del sargento.

Markham lo miró, sorprendido.

—¿Por qué rayos ibas a querer ir a la finca de los Stamm?

—Por un motivo —contestó Vance, reprimiendo un bostezo—: Estoy tremendamente interesado en ver la colección de peces enanos que tiene Stamm. En el pasado los críe por afición, pero debido a la falta de espacio me concentré en las variedades de colores del *Betta Splendens* y *Cambodia*, el pez luchador de Siam<sup>2</sup>.

Markham lo observó durante unos minutos sin contestar. Conocía lo bastante a Vance como para ser consciente de que su deseo por acceder a la petición del sargento lo inspiraba un motivo mucho más profundo que el obviamente frívolo que le había dado. También sabía que, por mucho que preguntara, de momento Vance no explicaría su actitud.

Al poco Markham también se levantó. Consultó su reloj y se encogió de hombros.

—Ya pasa de la medianoche —comentó disgustado—. La hora perfecta para inspeccionar unos peces. ¿Vamos en el coche del sargento o llevamos el tuyo?

—Llevamos el mío, por supuesto. Seguiremos al sargento.

Vance llamó a Currie para que le entregase el sombrero y el bastón.

---

<sup>2</sup> En un momento dado, Vance convirtió su solana en un acuario dedicado durante varios años a la crianza de esos hermosos peces de cola en forma de velo. Logró producir especímenes azul violáceo, granate oscuro y negro, y con ellos ganó varios premios en los concursos de la Sociedad de Acuarios en el Museo de Historia Natural.



## Capítulo II

# Una acusación sorprendente

(Domingo, 12 de agosto, 12:20 de la madrugada)

UNOS MINUTOS DESPUÉS ascendíamos por Broadway. El sargento Heath abrió camino en su pequeño coche de Policía y Markham, Vance y yo lo seguíamos en el Hispano-Suiza de Vance. Al llegar a Dyckman Street nos desviamos al oeste por Payson Avenue y empezamos a ascender la empinada y serpenteante carretera de Bolton<sup>3</sup>. Cuando alcanzamos el punto más alto de la carretera nos desviamos hacia un ancho camino de acceso privado con dos postes de piedra cuadrados y altos en la entrada, y rodeamos un sinnúmero de árboles de hoja perenne hasta que llegamos a la cima de la colina. En aquel punto era donde se había construido, casi un siglo antes, la vieja y famosa residencia Stamm.

Se trataba de una finca muy boscosa, en la que abundaban los cedros, los robles y las píceas, con zonas de césped desigual

---

<sup>3</sup> No debe confundirse con la carretera Sur de Bolton, también conocida como carretera del río, que sale de Dyckman Street cerca de las vías de la New York General Hudson River y pasa por debajo del Hospital Memorial.

y rocallas. Desde esa atalaya se veían, al norte, las oscuras torrecillas góticas de la casa de misericordia, que se recortaban contra un cielo abierto que parecía haber absorbido todas las luces fantasmagóricas de Marble Hill, situado a una milla de distancia cruzando las aguas de Spuyten Duyvil. Al sur, entre los árboles, el resplandor ligeramente parpadeante de Manhattan cautivaba con su misterio. Al este, a cada lado del negro volumen que era la residencia Stamm, unos pocos edificios altos de Seaman Avenue y Broadway se alzaban sobre el neblinoso horizonte como gigantescos dedos negros. Por detrás y por debajo de nosotros, al oeste, el río Hudson se movía despacio: era una masa oscura y opaca salpicada por las luces móviles de los barcos.

Pero, aunque por todos lados veíamos pruebas de la ajetreada vida moderna de Nueva York, una sensación de aislamiento y misterio se apoderó de mí. Me sentía infinitamente apartado de todas las bulliciosas actividades del mundo y por primera vez fui consciente del extraño anacronismo que era Inwood. A pesar de que ese lugar histórico —con sus grandes árboles, sus casas en mal estado, sus antiguas connotaciones, sus zonas escarpadas y su rústica quietud— en realidad formaba parte de Manhattan, parecía una fortaleza oculta y situada en un remoto rincón del mundo.

Al adentrarnos en el pequeño espacio para aparcar situado al final del camino privado, vimos que había un anticuado Ford cupé estacionado a unos cincuenta metros de la ancha escalinata de piedra con balaustrada que llevaba a la casa.

—Ese es el coche del médico —nos explicó Heath mientras se apeaba del suyo—. El garaje se encuentra en el camino inferior, en el lado este de la casa.

Abrió camino escaleras arriba, hasta la gigantesca puerta de bronce sobre la que estaba encendida una tenue luz. El detective Snitkin nos esperaba en el estrecho recibidor cubierto de paneles de madera.

—Me alegro de que haya vuelto, sargento —dijo el detective después de saludar a Markham con respeto.

—¿A usted tampoco le gusta la situación, Snitkin? —preguntó Vance en tono ligero.

—No, señor —contestó el otro mientras se dirigía a la puerta interior—. Me tiene preocupado.

—¿Ha ocurrido algo más? —inquirió Heath de repente.

—Nada, salvo que Stamm ya es capaz de sentarse y centrarse un poco.

Llamó tres veces a la puerta, que de inmediato abrió un mayordomo con librea, quien nos miró con suspicacia.

—¿De verdad es necesario todo esto, agente? —le preguntó a Heath en tono cortés mientras de mala gana mantenía la puerta abierta para que entrásemos—. Verá, señor, el señor Stamm...

—Yo soy quien manda aquí —interrumpió Heath con brusquedad—. Usted está para cumplir órdenes, no para hacer preguntas.

El mayordomo inclinó la cabeza con una sonrisa servil y zalamera y cerró la puerta en cuanto entramos.

—¿Qué ordena usted, señor?

—Quédese aquí, en la puerta principal —contestó Heath, muy serio—. No permita que entre nadie. —Luego se volvió a Snitkin, que nos había seguido al interior del espacioso vestíbulo inferior—. ¿Dónde está el grupo y qué hace?

—Stamm se encuentra en la biblioteca, esa habitación de ahí, con el médico. —Snitkin dirigió el dedo hacia un par de

pesados portieres de tapiz situados al final del vestíbulo—. A los demás los envié a sus habitaciones, como usted me dijo. Burke está sentado en el exterior de la escalera de atrás y Hennessey en la zona del estanque.

Heath gruñó.

—Muy bien. —Se dirigió a Markham y le preguntó—: ¿Qué quiere hacer primero, jefe? ¿Le muestro la distribución del terreno y cómo está construido el estanque que usan como piscina? ¿O prefiere hacerles unas preguntas a estos amigos?

Markham dudó y Vance dijo en tono lánguido:

—La verdad, Markham, me inclino a pensar que primero deberíamos hacer un poco de eso que llamas sondeo. Me encantaría saber qué precedió a ese baño al aire libre y me gustaría ver a los participantes. El estanque puede esperar a después y, nunca se sabe, pero podría tener un significado distinto cuando hayamos establecido una especie de antecedentes sociales a tan desafortunada aventura.

—A mí no me importa. —Markham se mostraba claramente impaciente y escéptico—. Cuanto antes descubramos por qué estamos aquí, más contento me sentiré.

Los ojos de Vance recorrían el vestíbulo con desgana. Estaba recubierto de madera al estilo Tudor y los muebles eran oscuros y enormes. Desvaídos retratos al óleo, a tamaño natural, colgaban de las paredes y en todas las puertas había pesadas cortinas. Se trataba de un espacio oscuro, lleno de sombras y con un olor a cerrado que acentuaba su inherente falta de modernidad.

—El marco perfecto para sus miedos, sargento —musitó Vance—. Quedan pocas casas viejas como esta e intento decidir si me siento agradecido por ello o no.

—¿Y si, mientras, nos acercamos al salón? —ladró Markham—. ¿Dónde está, sargento?

Heath señaló un arco con cortinas situado a la derecha y estábamos a punto de dirigirnos hacia él cuando oímos el ruido de unas pisadas que bajaban la escalera con suavidad y una voz nos habló desde las sombras:

—¿Puedo ayudarles en algo, caballeros?

La alta figura de un hombre se acercó a nosotros. Cuando quedó dentro del círculo de luz parpadeante que arrojaba la anticuada araña de cristal, distinguimos a una persona poco corriente y, como pensé en ese momento, siniestra.

Medía más de un metro ochenta, era delgado y fibroso, y daba la impresión de poseer una fuerza férrea. Tenía la tez oscura, casi atezada, y ojos negros, tranquilos y penetrantes, cuya mirada recordaba a la del águila. La nariz resultaba claramente aguileña y muy estrecha. Tenía los pómulos marcados y altos, y bajo ellos se apreciaba una leve depresión. Solo la boca y la barbilla eran escandinavos: Los finos labios se juntaban en una extraña línea recta y la barbilla, con un marcado hoyuelo, era pesada y fuerte. El cabello, peinado hacia atrás, dejando a la vista una frente estrecha pero despejada en las sienes, parecía muy negro a la tenue luz del vestíbulo. Su ropa, de tonos apagados, indicaba buen gusto y tenía un buen corte, pero la llevaba con un descuido que me hizo pensar que la consideraba una especie de compromiso con unas convenciones innecesarias.

—Me llamo Leland —explicó al llegar a nuestra altura—. Soy amigo desde hace mucho tiempo de los habitantes de esta casa y anoche estaba aquí cuando se produjo el desafortunado accidente.